

Me gustaría ser poeta y así poder mostrar toda mi admiración por Efraín Huerta en versos e imágenes. Por desgracia debo limitarme a recordar mi encuentro con su inmensa obra poética. Fue en 1960. Durante los años de preparatoria. Un grupo de jóvenes leíamos emocionados los poemas de Huerta. Gilberto López y Rivas, hoy director de la Escuela Nacional de Antropología, había memorizado varios de ellos y los declamaba con un entusiasmo singular. José Agustín y yo estábamos entre el auditorio.

Por esa época de asombros y descubrimientos conseguí varios poemas de Efraín Huerta. Estaban cuidadosamente mecanografiados y las copias circulaban por la preparatoria y en los salones retumbaban las metáforas, las ironías, las protestas sociales y el amor de Huerta.

Después, a través de una amiga que estudiaba conmigo Ciencias Políticas y compartía mi devoción por Efraín Huerta, obtuve un saludo cordial y la firma del mismísimo poeta. Un autógrafo de Huerta en mis versiones mecanografiadas no sé por quién.

Más adelante, en 1968, poco antes de la matanza de Tlatelolco, tuve la oportunidad de conocer a Huerta. Llegó a una reunión social en casa tal vez de Leopoldo Ayala o del pintor Hernández Delgadillo, se me escapa la precisión. Efraín iba acompañado por Thelma Nava, a quien yo había escuchado leer sus poemas en sesiones públicas y a quien mi generación le debía una de las publicaciones más importantes que leyó: *Pájaro Cascabel*.

La reunión fue naturalmente acaparada por el ingenio desbordado de Efraín Huerta. Me impresionó en especial un poema que dijo de memoria o quizás improvisando, terminado en esdrújulas. Lo más gracioso de la difícil humorada era que cuando se encontraba con palabras agudas o graves, sin problemas les plantaba el acento en la antepenúltima sílaba.

En algún momento Leopoldo Ayala tomó la palabra y mencionó a Huerta como el mejor poeta de México. Es él y no Paz, insistía Ayala. Dionisio Morales solicitó —lo recuerdo perfectamente bien— que tales palabras fueran públicas y no quedaran dentro de aquel pequeño grupo. La fiesta prosiguió. Todos querían conversar con Efraín Huerta y yo, en el fondo tímido, no fui capaz de acercarme a platicar con él.

Volví a ver a Efraín Huerta durante el velorio de José Revueltas. Armado de coraje me presenté con el poeta y lo saludé. Efraín ya no podía hablar por la atroz enfermedad que le destruyó las cuerdas vocales. Con dificultades nos hizo saber su dolor por la pérdida irreparable de Revueltas y se acomodó en un rincón de Gayosso. No obstante, en un poemínimo toma con ironía, con elegante sentido del humor, su tragedia:

Laringectomía
Lo mejor
De todo
Es que
Ya nadie
Puede dejarme
Hablando
Solo

Cuando Efraín Huerta comenzó a publicar sus célebres poemínimos recuerdo que Gerardo de la Torre —quien lo admiraba intensamente y para manifestar este afecto le dedicó su novela *Muertes de aurora*— memorizó muchos de ellos. Yo hice otro tanto. Al momento de escribir esta página saltan dos o tres:

Ay poeta

Primero
Que nada:
Me complace
Enormísimamente
Ser
Un buen
Poeta
De segunda
Del
Tercer
Mundo

EH y AA dicen:

Después
De todo
Todas
Han sido
El Amor
De
Mi
Vida

Monterroseana

Cuando
Desperté
La Putosauria
Todavía
Estaba

Allí

Y uno más, inolvidable y certero:

Desconcierto

A mis
Viejos
Maestros
De marxismo
No los puedo
Entender:
Unos están
En la cárcel
Otros están
En el
Poder

Ahora digo con pena que lamento mucho estar aquí, en un homenaje sin la presencia de Efraín Huerta. Nada hubiera sido más satisfactorio que encontrar al poeta entre nosotros. No soy crítico literario ni sé con exactitud quién es el mejor poeta mexicano. Sé, a cambio, que la poesía de Efraín Huerta, sean los ingeniosos poemínimos, síntesis y precisión, o los poemas largos, maxipoemas, como los espléndidos *Borrador para un testamento* y *Apólogo y meridiano del amante*, siguen conmoviéndome como en aquel lejano 1960.